

Presentación

Seguimos asistiendo, como ayer, a la compleja búsqueda de una salida negociada al conflicto interno. En medio de las dificultades recurrentes del proceso, de las continuas y dolorosas acciones de guerra, del eventual rompimiento de compromisos operativos y del distanciamiento puntual entre las partes y terceros involucrados, el logro de mayor significación para el proceso en los últimos meses lo constituye el denominado intercambio humanitario. Este hecho no sólo tiene la importancia de cualquier acción que tienda a aliviar el dolor de las personas afectadas por la confrontación, sino que también tiene gran significación en relación con la vigencia de soluciones posibles al conflicto en general.

Como quiera que sea y pese a las justificaciones estratégicas de las partes, el marco de referencia en el cual se realizó un tal acuerdo se encontró constituido por la necesidad prioritaria de humanizar la guerra y, con ello, por el reconocimiento de reglas de juego ajustadas al derecho humanitario como principio y fin de un orden civilizatorio ideal para tiempos de crisis como los nuestros.

Sin embargo, frente a este episodio, como frente a casi todo el proceso, las fuerzas de la oposición retaliativa o la crítica basada exclusivamente en posiciones contestatarias, siguen recavando sobre el supuesto de que no hay,

de un lado, voluntad de negociación porque nada se ha cedido y que, del otro, el gobierno permanece en manos y a disposición de los manejos y presiones de la guerrilla.

Sin duda, esta situación puede significar una gran falta de legitimidad del proceso, es decir, de compromiso con una "paz negociada". Pero también -y esto es lo más grave- ello puede dar cuenta de una polarización que no cede; de una profunda y radical división de los colombianos, marcada por la idea de que las partes -gobierno y guerrilla- son elementos perturbadores ajenos a una realidad del país que debe estar por principio y naturaleza distante del conflicto. La extraña percepción, en fin, de un país que, definido por la guerra, se mantendría como algo etéreo y puro que no puede tener relación con la confrontación misma.

En estas circunstancias entonces, la búsqueda de humanización de la guerra y aún su internacionalización, parecen ser pilares importantes para cortar los procesos circulares en que se desenvuelven las conversaciones y para que se asuma de una vez por todas la visión de que el conflicto nos compete y nos hace responsables a todos. Y que por tanto es de todos la obligación y el compromiso político de buscarle solución.

La revista del Instituto de Estudios Políticos, persiste en su esfuerzo por mantener vivo el interés de impulsar la reflexión en el campo teórico, pero también en referencia a los problemas políticos cotidianos.

En este número se presentan temas propios de las áreas de filosofía política y teoría social, pero además se enfatiza en un par de textos la problemática sociopolítica y humana de la ciudad de Medellín como ciudad donde se tejen complejos hilos de ciudadanía en un marco definido por la crisis y el conflicto.

William Restrepo Riaza
Director
Instituto de Estudios Políticos
Junio de 2001